

gonías.—La ambición que acomete á la niñez científica, ó mejor dicho, al *embrion* que precede á la vida del pensamiento, es tan exagerada como le correspondería ser modesta. Es por de pronto aspiración á saberlo todo; forjar nada menos que cosmogonías, génesis; generación universal.

De aquí á persuadirse de que la generación universal es el más fantástico de los mitos, y de que hemos de contentarnos á lo sumo con el sentimiento, más ó menos perspicuo, de la generación del pensamiento, hay distancia inmensa; que sólo se salva en fuerza de siglos, transcurridos en la faena de pensar y repensar.

Sangre, del latín *sanguis*.—Elemento de la circulación y de la nutrición del organismo.

Así, como los ríos y los mares son el intermedio entre el sólido y el gas, y el elemento líquido medio igualmente entre el mundo inorgánico y el organizado, así también la sangre es el intermedio entre el alimento y los tejidos orgánicos.

El entendimiento es el océano, no ya de agua ni de sangre, sino de luz, donde boga pasivamente y movido por la voluntad, que es su vapor, el bajel de la conciencia humana.

Santo, del latín *sanctus*, que guarda analogía con el sánscrito *sanskrita*, perfecto.—Lo mismo que sagrado, en relaciones algo distintas.

Se aplica especialmente á la persona que realiza en sus actos, el pensamiento divino.

Para ser santo es preciso abdicar por completo la personalidad humana como fin, convirtiéndola toda en medio para la personalidad divina.

Saña, del sánscrito *cañi*, disolver.—Persistencia en obrar mal en un momento determinado.

El ensañamiento es una violencia temporal, que puede limitarse á uno ó pocos actos.

La persistencia crónica en el mal, no es ensañamiento, sino enfermedad moral, encarnada en el sentimiento del individuo.

Sarcasmo, del griego *sárx*, carne, *sarkasmós*, mordedura en la carne.—Injuria grave, oculta bajo frases que aparentan lo contrario.

Algunos misántropos pesimistas han podido llamar á la vida un sarcasmo, suponiendo que es en el fondo un mal, bajo las apariencias de un bien.

Ni el pesimismo ni el optimismo tienen valor en absoluto, porque los extremos (absolutos) son viciosos.

Sastre, del latín *sartus*, cosido.—El que cose piezas de tela, que se obstinan en permanecer separadas entre sí.

Hay zurcidores de voluntades y zurcidores, en general, de ideas.

Estos últimos son los que ejercitan la función de pensar.

El que ejercita esta función hace lo que el sastre: improvisa formas (cualidades) que dan valor á las cantidades de tela, y después de improvisadas, las conserva como patrones para la confección de otras formas.

El pensamiento tiene la ventaja de servirse á sí propio de patrón, con el simple procedimiento de reflejar su estampa mientras pasa, sirviéndose de una luz que lleva por delante, como pudiera hacerlo una máquina fotográfica.

Con esto *hace* la teoría que ha de servirle en la práctica sucesiva, dotada de libertad para *consentir* ó no, y para decidir en última instancia si la estampa está bien hecha, y si la

teoría, antes reflejada, resulta bien ó mal.

Satanás, del hebreo *satán*, enemigo.—Es enemigo por excelencia el que lo es de Dios: *Satanás*.

El enemigo absoluto del absoluto bien.

Afortunadamente, en el mundo que habitamos no hay absoluto, y quien se encomienda á algún absoluto, no se encomienda á Satanás, sino á Dios.

Lo relativo y lo absoluto, contrapuestos entre sí, son enemigos necesarios que, ó se concilian, ó se hacen guerra de exterminio, figurando como polos fundamentales de la vida, así corpórea como moral y filosófica.

Satélite, del griego *hetatros*, compañero.—El que acompaña pasivamente á otro relativamente activo.

Así acompaña la luna á nuestro planeta.

Así acompaña la mujer al hombre en el matrimonio, y el tipo femenino al masculino en el coito animal.

Así acompaña en la función viviente del pensamiento el polo negativo al polo positivo.

En esta función la *hetaréa* es la Naturaleza; el que la acompaña activamente es el espíritu, el *coeficiente*, indefinido en teoría; para intervenir en la práctica contraponiéndose á lo *eficiente*, pasivo respecto de él; y originar en este coito supremo, todo cuanto es posible en el Universo, en relación siempre con los polos originarios de la función.

Estos polos originarios, negados á la luz de la reflexión, son los que se sienten en el calor del sentimiento.

Sátira, del griego *satira*, poema picante, ó del latín *satira*, poesía crítica.—Narración de vicio ó deficiencia en las funciones artísticas, inte-

lectuales ó morales, de uno ó muchos individuos.

En la acepción que hoy damos á la palabra sátira, se distingue de la crítica, en que ésta se ejercita más bien sobre las cosas y aquélla sobre las personas.

La sátira es personal y ofensiva; la crítica no daña directamente á la consideración debida al criticado. Se satiriza al que piensa; se critica lo pensado. La crítica razonada no ofende; la apasionada degenera en sátira.

Satisfacción, del latín *satis*, bastante, y *actum*, hecho.—Lo que se da á los ideales cuando son realizados.

Nunca se hace bastante para llenar la medida de los deseos humanos; porque no vive el hombre sin desear. Hay, sin embargo, satisfacciones relativas, y es afortunado quien sólo desea las que puede realizar.

Saturación.—La función en que dice *basta* un elemento químico, para sufrir una transformación determinada.

Lo definido basta para saturar á otro definido, mas no á lo indefinido, que figura en la síntesis viviente, y que nunca dice basta, porque le basta no decir *más*.

Saturno.—Divinidad mitológica que simboliza el tiempo.

No debió la mitología simbolizar sólo el tiempo con la guadaña. ¿Qué sería de la vida si el tiempo no la otorgara, además del *presente* fugitivo, el ancho campo de lo futuro, donde prospera la idea, y renace la semilla arrancada de la tierra por la hoz del segador?

Sazón, del latín *satis*.—Sazón se relaciona con sabor y con *satis* (bastante).

El fruto de la vida llega á su situa-

ción mejor, cuando está sazonado.

Lo mismo acontece con los frutos del pensamiento y de sus variadas aplicaciones á la educación, al régimen de los pueblos, etc.

Scot Erigenes, filósofo del siglo IX, que identificó la filosofía con la religión, absorbiendo la primera en la segunda y llegando así á un panteísmo místico.

Los seres finitos —dice— salen de la divinidad por una especie de *análisis*, de *resolución* (*análisis resolutio*) y todo vuelve á ella (*reversio deificatio*). Esto conduce á aceptar la doctrina de la predestinación; pero añade Erigenes, que todos estamos predestinados á la salvación, y que la gracia de Dios es bastante amplia para santificar el universo.

El panteísmo y la predestinación, sosténgalos quien quiera, son absurdos en buena lógica.

La predestinación al bien hace además inexplicable la intervención del mal.

Schelling, filósofo alemán del siglo XIX, sucesor de Kant.

Para continuar á Kant, que había enarbolado en Alemania una bandera idealista de color indeciso, estaba indicado un paso, que decidiera el color en sentidos: uno blanco, otro negro y otro ambas cosas á un tiempo.

El blanco fué Fichte, el negro Schelling, y ambas cosas Hegel, todos con el defecto común de encallar en una de las riberas (la ideal) del río de la vida.

Parte Schelling de lo absoluto, llamándolo *indiferente*; lo declara extraño á la investigación dentro de los ámbitos humanos, y reduce la intervención espiritual del hombre á dos objetos *diferentes*, uno ideal, otro real. Sobre la objetividad ideal versa su

sistema, que por eso ha recibido el nombre de idealismo objetivo.

Schelling procedía acertadamente, dando á la ley cierta objetividad en un concepto, y negándosela en otro (lo indiferente); mas no acertó á relacionar estos dos conceptos en una sola función, autonómica, viviente, comprensiva de ambos puntos de vista: teórico (indiferencia), y práctico (diferencia ideal coordinada con la real).

Schmid, autor alemán de época moderna citado por Hamilton, que escribió un *Ensayo sobre una metafísica de la naturaleza interior*.

En esta obra consigna que los recuerdos de lo pasado permanecen en el pensamiento en estado latente, confirmando respecto de este punto lo que ya pensaba Leibnitz cuando decía: «Si conozco una ciencia ó una lengua en el momento en que la uso, es porque puedo servirme de ellas cuando y según me place. Así es como la inmensa mayoría de nuestras riquezas mentales se conserva siempre fuera del ámbito de la conciencia, oculta en los más oscuros repliegues del espíritu».

En tal situación latente concibe Schmid, que sobreviven las ideas en el pensamiento.

¿Qué es esto sino reconocer una vida del pensamiento, cuyo cuerpo objetivo son las ideas mismas, forjadas en lo pasado, y acumuladas como otras tantas *células espirituales*, ó para hablar en la lengua de Leibnitz, monadas de índole ideal, análogas á los elementos vegetativos de un cuerpo humano?

Desde este punto de vista pudieran considerarse á Schmid como un precursor de la *ciencia viviente*.

Schopenhauer, filósofo ale-

mán moderno, que se ha distinguido por sus tendencias pesimistas.

Es una desgracia personal abrigar tales tendencias, como es una fortuna la de incurrir en optimismos, siempre que no sean muy exagerados.

Quien se ve libre de obsesiones desconsoladoras, sabe bien que en la vida humana hay bienes y males que proceden del acaso, así como otros se relacionan eficazmente con nuestro libre albedrío. Lo que no hay ni puede haber, es una fatalidad, una predestinación, que contradiga y anule la intervención de la libertad, ó sea de lo indefinido, como coeficiente preciso en el orden del Universo, y sobre todo, de la práctica viviente.

Secante, del latín *siccans*.—Lo que corta.

En geometría, lo es la línea que corta una curva. En el esquema geométrico de la vida, lo sería cualquier recta de las representantes de lo inorgánico.

La secante de la curva continua de una vida, es la muerte.

La continuidad de la vida depende de la continuidad con que se sobrepone la curva de cada instante á la secante correlativa.

La inmortalidad del alma se apoya en la posibilidad de que se sobrepone el alma, como espíritu, á la secante del cuerpo.

Sección, del latín *sectio*, cortadura.—La vida es comparable con un cono, y susceptible como el de secciones.

La síntesis y la análisis de estas secciones realizan prácticamente la relación (identificación y distinción) en que estriba la vida: las curvas precedentes de modificarse recíprocamente dos líneas una fija (el espacio) y otra variable (el tiempo).

Secesión, del latín *secessio*.—Lado analítico que reclama el sintético; fraccionamiento por el cual se separan las partes, sin la oportuna reconstitución del todo primitivo.

Seco, del sánscrito *sik*, secar.—Lo que aparece sin el término medio (que en lo inorgánico es el agua) necesario para constituir su relación.

Secretán de Lausana, filósofo moderno, que siguiendo el ejemplo de Duns Scot y de Descartes, ha sacrificado la presencia divina á la libertad subordinada, la metafísica á la moral.

Mejor que esto es sacrificar por completo la metafísica, reduciéndola primero á crítica, y luego á relación.

Relativamente al mundo en que vivimos, no puede el hombre menos de sentirse y reconocerse libre. Relativamente al mundo imaginado como divino, nada puede fijarse sino simbólicamente, y el símbolo moral es, sin duda, el que con mayor derecho puede servir de tipo para esta función del pensamiento, lindante con su polo indefinido.

Secreto, del latín *secernere*, segregare, poner á parte: *se*, sí; *cernere*, acibar.—Tienen los hombres y la naturaleza sus secretos, que pueden ser revelados, y cuya revelación se consigue á menudo á fuerza de trabajo. No sucede así con el secreto que afecta á la totalidad de las cosas reveladas, y revelables; el cual, es uno de los polos de la función del pensamiento.

En cuanto á secretos particulares, ¿quién no tiene algún secreto?

En general lo tienen el fenómeno, la ley y la función.

El secreto va á todas partes, no levanta una punta de su velo, sino para

correr otro velo, que no por más profundo es más transparente.

El fenómeno más sencillo, real ó ideal, tiene su secreto, lo infenomenal.

La ley, ya idealmente concebida, ya realizada prácticamente de diversos modos, tiene su secreto: la libertad.

La función, cualquiera que sea, orgánica ó inorgánica, inconsciente ó consciente, tiene su secreto: el fondo indefinido.

El fondo indefinido de la función consciente es la ignorancia.

La Naturaleza es una coqueta, que nos engaña cuando nos promete la revelación de todos sus secretos.

También nosotros la engañamos, seduciéndola con el engaño, que á nuestra vez sufrimos, de llevarla á imaginaria y definitiva perfección.

Secreto es lo oculto, ignorado, escondido ó separado de la vista y del conocimiento en mayor ó menor grado.

Hay secretos de muchos géneros, unos penetrables con más ó menos facilidad, otros impenetrables.

Secreto universal es lo que se oculta en los ámbitos de la inmensidad y de la eternidad.

Secreto en general es el pensamiento de cada hombre, y el factor indefinido que contribuye á la vida del animal y de la planta.

Secundum idem, según, lo mismo en castellano. — Según es también segundo en latín.

Esta coincidencia, que parece casual, es sin embargo lógica. Porque todo primero supone *segundo* y viceversa, y *según* supone distinción donde se asienta identificación absoluta.

De aquí el *secundum idem* intercalado en el principio filosófico llamado de contradicción ó de identidad.

Indispensable es el *secundum idem*

y el *simul*, para que el principio de contradicción, en vez de condenar lo *contradictorio absoluto*, no lleve á proclamar lo *relativo* en la frase que restaría sin tal aditamento.

Idem de eodem affirmare et negare necesse est. Esta frase se traduce con el criterio de la ciencia viviente diciendo:

Es *necesario*, ante todo, el orden viviente; el cual confecciona lo posible entre dos polos, significativos de lo imposible, si se los considera en absoluto.

Sed, del sánscrito *sus*, *secar*. — Necesidad de alimento líquido, análoga á la necesidad de alimento sólido (hambre).

Tres son las necesidades que el ser vivo experimenta: necesidad de sólido para su circulación con lo definido; necesidad de aire para su circulación con lo indefinido, y necesidad de término medio que llamamos sed.

Las plantas tienen sed de agua, los animales del contentamiento de sus instintos; los hombres, además, de justicia, de saber y de vida eterna.

Sedición, del latín *se*, separación, é *itio*, acción de ir. — Proclamación de ley contraria á la legítima ley.

Son sediciosos los sistemas filosóficos, que apadrinan banderías contrarias al derecho común de la práctica viviente.

La ley filosófica ha de hacerse continuamente con libertad, y sin faltar al respeto á la legalidad constituida.

Seducción, se ducción. — Función de llevar hacia sí, de inspirar al pensamiento ajeno la voluntad de realizar los ideales propios.

La seducción se hace atrayendo al *cuerpo espiritual* ajeno hacia el espíritu propio, en cuanto éste representa

en la función común el papel de polo indefinido.

Puede suceder que se inviertan los papeles y que el presunto seductor resulte seducido por la superior actividad de su contrincante.

Es la seducción un combate entre voluntades distintas, en el que pelean los adversarios con armas desiguales. El que seduce es activo, y el seducido pasivo, si se deja dominar por la pasión que se le inspira.

El peligro para el seductor está en que el presunto seducido, en lugar de limitarse á la actitud defensiva, tome la ofensiva.

Seducción se entiende en mal sentido. En buen sentido es educación moral. En sentido indiferente, que así puede ser bueno como malo, se llama *sugestión*.

Seducir, del latín *se*, separación, y *ducere*, conducir. — Llevar fuera del camino: inducir á la sedición.

El sedicioso hace el papel activo de seducir á otro, á quien corresponde entonces el papel pasivo.

Además de seducir para infracciones de ley (sediciones), se reduce para infracciones de moralidad y de todo linaje de deberes.

Segregar, del latín *se-cernere*. — Producir algo que se separa durante el ejercicio de una función.

Los órganos vegetativos son funciones dentro de sí mismos, y pueden además concurrir, como elementos vivientes en primer grado, á la realización de otras funciones de grado más alto, que elaboran productos de superior categoría.

Ha dicho alguno que el pensamiento es una secreción del cerebro. Sí, pero no como la secreción de la bilis que no pasa del estadio vegetativo. Sino como secreción de una función,

en que el cerebro es el polo representado, y el representante indefinido el polo opuesto, que concurre á la determinación común, determinándose á sí propio.

Según, del latín *secundus*, segundo. — A todas las afirmaciones cabe agregar *según*.

Cuanto se aventura en una proposición puede confirmarse, ó no, *según los casos*.

Cada caso particular puede interpretarse en varios sentidos, *según* la relación en que se le considere.

El *según* es en general el segundo indefinido de un primero que le antecede.

Seguro, del latín *se*, por, *sine*, sin, y *cura*, cuidado. — ¿Quién puede estarlo de cosa alguna?

Y, sin embargo ¿qué sería de nosotros si en nada hubiera seguridad? Podemos tener en cada instante determinado la suficiente para vivir y esa nos basta.

Selección, de *selecto*, lo mejor. — Elección de lo mejor.

El pensamiento la puede hacer, y también la naturaleza, como copia que es, aunque imperfecta y degenerada, del pensamiento.

Si lo más justo prevalece en el espíritu, en lo que se llama naturaleza prevalece lo más fuerte, en medio de su relativa pasividad.

Afortunadamente el espíritu tiene su fuerza propia, que emplea en corregir hasta donde alcanza, las irregularidades de la naturaleza.

Selección natural. — Se ha hablado en fisiología de una selección natural.

Este célebre sistema tiene su fundamento en la ley moral, que ampara el progreso indefinido de lo bueno hacia lo mejor.

Pero es violentar la naturaleza el suponer sus seres como formando una sola cadena de peor á mejor. Si tal serie hubiera comenzado en el tiempo, todo lo peor habría ido desapareciendo, quedando sólo lo mejor de todo lo hecho, hasta el momento en que se fija la atención de cualquier sujeto.

¿Porqué, pues, no han desaparecido ya los seres que se califica de imperfectos?

¿Es que la naturaleza los reproduce? ¿Por qué capricho entonces no reproduce sólo los mejores, sino también los peores, y cómo puede obrar caprichosamente, si su ley absoluta es lo mejor?

Digase que se encuentra en el espacio individuos clasificables en series, y que se los presenta como escalonados en el tiempo, creyendo así dar una explicación de la vida y de la generación de seres vivientes de distintas especies.

Lo que se hace es simplemente *dislocar* la dificultad, y esconderla en el tiempo, para que desaparezca del espacio.

El tiempo, sin embargo, la devuelve incólume, porque quedan en él tan inexplicados como en el espacio, el principio y el fin de la prole viviente.

Sembrar, del griego *sao*, yo cribo.—Los gérmenes vegetativos y los de las ideas, se siembran en los campos fecundos de la naturaleza y del espíritu. El hombre trabaja para labrar la una, y estudia para labrar el otro, confiando el fruto de sus afanes á los azares de la espontaneidad, ó más bien á la Providencia. De ésta viene la inspiración como viene la lluvia á fertilizar los campos.

Sembremos, sembremos que es

cuanto podemos hacer. Quiera Dios que recojamos buena cosecha.

Semejante, del latín *simil*. Todo tiene su más ó menos semejante en calidad, como tiene en cantidad más ó menos que otro.

La semejanza es la identidad que conservan los seres que difieren, no ya en cantidad, sino en algo distinto de toda cantidad, determinada y determinable.

La categoría de calidad es una reflexión en lo indefinido de la categoría de cantidad.

La misma categoría de cantidad puede considerarse en su forma continua, como función reflexiva del número (definido) en el espacio (indefinido).

La tercera función reflexiva de la cantidad y la calidad en lo indefinido es el cambio (cuantitativo y cualitativo), que supone el tiempo, y con él, la causalidad y la finalidad.

Semen, de sembrar.—No es todavía la semilla, pero si el polo representativo del espíritu, que producirá la semilla funcionando con el polo opuesto.

El semen aparece en la generación bisexual. En la unisexual no aparece; se halla oculto en lo indefinido, y desde allí baja á fecundar el ovario, como espíritu puro, es decir, que el ovario se fecunda entonces espontáneamente.

En la generación asexual (si existe) el espíritu, oculto en lo indefinido, no aparece, ni como representante ni como representado. Sería tal generación demasiado espiritual, por lo mismo que parece sobrado material, y así es que, aunque posible, no se la comprueba fácilmente, ni se la comprobaría en todo caso como cosa definitiva, teniendo en cuenta que también es siempre posible encontrar

antecesores vivos donde no los había hallado una primera investigación.

Sementar, de semen.—Función del semen simbolizada en el siguiente esquema:

El círculo cerrado, figura 1.^a, que

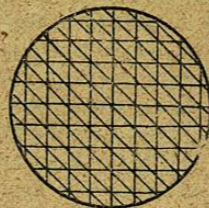


Fig. 1.º

comprende el mundo inorgánico en cuanto puede aparecer ante el sentimiento y el pensamiento inmóvil en el papel como lo está en la teoría abstracta; se hace práctico si le imaginamos moviéndose sobre un centro como se mueve la tierra que pisamos. En este caso, la circunferencia se trueca en una corriente continua.

Así se hace un á modo de ovario inorgánico de todo lo viviente.

Para la fecundación de tal ovario hasta la interrupción de la corriente en un punto *a*, figura 2.^a Como la corriente va por un lado y vuelve por otro, se hace aquí doble en sentidos opuestos, y con esto sólo se habilita para la regeneración vegetativa: es un ovario que sólo pide ser fecundado por el fondo blanco si se digna descender á él en forma de curva inversa y superior que cierra la inferior *b*. De esta suerte el fondo blanco se hace semen y en el espacio, se fragua la semilla.

Esta semilla vegetativa podrá vivir si circula: 1.º fuera de sí misma, por abajo, mediante su raíz; 2.º dentro de sí misma, nutriéndose con células subordinadas, y 3.º fuera de sí mis-

ma, por arriba, con el fondo blanco por toda su circunferencia ó superficie exterior.

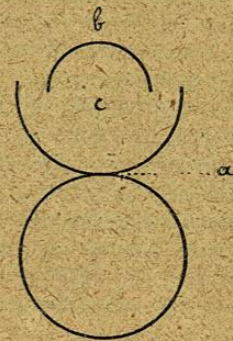


Fig. 2.º

Las mismas tres funciones se reproducen en los seres superiores, mediante el descenso de la actividad encarnada en el semen.

Recibe entonces la semilla, y guarda en potencia para épocas sucesivas, grados segundo y tercero de ejercicio funcional en los estadios de la vida.

Semoviente, se-moviente.—Con este gráfico nombre se designa á los ganados en las enumeraciones agrícolas. Los que *se* mueven á sí propios se califican bien por este solo hecho.

Las plantas también se mueven á sí propias, aunque agarradas al terreno. Dentro de él echan raíces, y fuera de él levantan sus tallos y sus ramas.

Y todo esto lo hacen, no por fuerza comunicada, sino por fuerza propia.

El que *se mueve á sí propio* acredita por de pronto una actividad, superior á la de un cuerpo inorgánico.

La vida exige, además de la semoviencia, la asimilación como primera condición de *superioridad cualitativa* respecto de lo inorgánico.

La resistencia al *peso* y la *presiden-*

cia cualitativa, son atributos fundamentales de la vida.

Séneca, filósofo estoico español, preceptor de Nerón, á quien se acusó de algunas flaquezas, compensadas, en parte, por la firmeza ostentada en la hora de su muerte.

Fué, más bien que filósofo, un médico del alma. «No hay—dijo—para qué entretenerse con juegos de dialéctica. Filósofo! los que á ti apelan son enfermos y miserables. Debes socorrer á los naufragos, á los cautivos, á los enfermos, á los indigentes, á los que tienen ya la cabeza bajo el hacha».

Séneca fué el *último* moralista estoico, y el primer moralista cristiano, en el sentido de unir personalmente dos tendencias, que se unían también colectivamente en su época, sin dejar de distinguirse en el acto mismo. Era una de ellas (la estoica) lo pasado, y la otra (la cristiana) el inmediato porvenir.

Sensación, de sentir.—Entre las vidas vegetativa y sensitiva media un elemento, que se llama sensación.

Establécese así una circulación entre lo vegetativo y lo sensitivo, con determinaciones de un esfera á otra, simplemente circulatorias.

Para que la sensación llegue á figurar en forma de organismo sensitivo, es necesario que se nutra tomando un cuerpo, y que este cuerpo viva respirando lo indefinido para él.

Es, pues, la sensación el hecho, el fenómeno propio de una vida, que para hacerse conciencia, necesita completarse elevándose á ley: y libertad para determinarse, é indeterminarse á sí propia, como tipo de ley y de fenómenos, determinándose también á sí propios en sus esferas respectivas.

Reconocer la sensación como elemento de todo sistema del Universo, es ya algo; pero está muy distante de ser todo.

Sensitivo, de sentir.—Lo que pertenece á los sentidos y á sus órganos corpóreos.

Se han contado cinco sentidos externos y con ellos se relacionan cinco modos internos de sentir, que juntos pueden llamarse función en general de sentir. Esta función, *simplemente sentida* y no elevada á un grado superior, es el instinto, que figura como primer escalón para la inteligencia. Subido este escalón, se transforma el instinto en lo que se llama *sentido común*.

Bajo la forma de sentido común se relaciona:

Con el tacto el sentimiento irreflexivo de lo que conviene hacer en cada momento de la vida.

Con el olfato el sentimiento de lo ausente, de la ley vislumbrada en la obscuridad del porvenir.

Con el gusto el sentimiento de la función equilibrada en sus elementos presente y ausente.

Con la vista el sentimiento de la función en el espacio.

Con el oído el sentimiento de la función en el tiempo.

Todo esto, claramente bosquejado en el sentido común, se reproduce como función inteligente.

La inteligencia se define:

Como tacto para resolver y obrar en un instante dado, después de una madura deliberación.

Como olfato para brujulear las profundidades de lo presente, lo pasado y lo porvenir.

Como gusto para apreciar el bien en sus formas exteriores.

Como visión para reflexionar, ana-

lizar la vida, y juzgar sus modos de ejercitarse.

Como audición para sentir el eco de la vida, y el coeficiente indefinido, que no puede faltar en ella sin que todo se derrumbe.

Así se simboliza la inteligencia por el sentimiento común; el sentido común por el instinto, y el instinto por los cinco sentidos, primer escalón que lleva á las alturas del pensamiento.

En el fondo no hay más que tres sentidos externos: tacto, vista y oído.

El gusto y el olfato son modos particulares, ó ramificaciones, del tacto.

No puede haber fundamentalmente más, porque la exterioridad no puede dar más de sí: para el fenómeno, tacto; para la ley, vista; para la función, oído.

Lo que se ha querido contar como un sentido más, y por ejemplo el de contracción muscular, pertenece á la categoría íntima, y no á la exterioridad, único campo donde se ejercitan los sentidos externos. La contracción muscular es sentida interiormente; es *vista* en la exterioridad y como sentido se refunde en la *visión*.

Sensorio, de sensación.—Síntesis, que comprende los sentidos externos, el sentido interno y la inteligencia.

Los sentidos externos son los cinco, de todos conocidos, resumibles en tres: vista, oído y tacto.

El sentido interno tiene dos formas correlativas, estática y dinámica. La dinámica se revela en general como sentimiento (calor) y movimiento muscular.

La inteligencia tiene el sentimiento funcional de lo inteligible.

Lo que ya no es sensible, ni se presta á la sensibilidad suscitando placer ó dolor (relativamente físicos)

puede todavía ser inteligible, real y verdadero, en el sentido ideal como obra de la inteligencia; fantástica si se quiere, respecto de la obra exterior: mas no por eso menos respetable. Por el contrario es la realidad ideal, más eminente que la realidad externa; porque la interna es por lo menos el *tipo* al que todo obedece experimental ó prácticamente.

Los sentimientos del calor y del movimiento muscular son los que algunos han pretendido agregar á los cinco corporales. Ellos estarán siempre disgregados de estos últimos, por su carácter de intimidad, contrapuesto á la exterioridad, revelada á distancia mediante los ojos y los oídos, é inmediatamente por la superficie orgánica, convertida ella misma en medio de transmisión.

Sensualismo, de sensación.—Sistema que lo explica todo por la sensación determinada, sin advertir que la sensación determinada no explica, ni puede explicar, su propia determinación.

El sensualismo cae fatalmente en el objetivismo exterior, que se ha llamado materialismo.

Una vez entronizado viciosamente el sentimiento, procede que ceda el trono al *objeto exterior*, como *más objetivo* que él.

Sentencia, de sentir.—Sentimiento manifestado en palabras.

Frase breve, que encierra un sentido dogmático, una imposición, un orden, la aplicación de una ley.

Las sentencias dogmáticas, si hablan al sentimiento, son reglas prácticas que se proponen para la vida. Si hablan en tono absoluto, con pretensiones de teoría irrecusable, son pedantismos, ridículos las más veces, porque ocultan con un vistoso